

por iniciativa y con apoyo de personas de las distintas localidades.

La segunda parte, gráficamente titulada por el autor «caldo de cultivo», se detiene en el ambiente general que subyace al nacimiento de las ordenes descalzas. El ambiente podría definirse como uno de reforma. Corrían años en que España, con cierta anticipación de acontecimientos en la Iglesia universal, agudizaba la conciencia de la necesidad de renovación eclesial, y de modo particular de una reforma de las órdenes religiosas. La representante y motor principal de este movimiento fue Sta. Teresa. De hecho, el estudio del P. Panedas muestra el influjo profundo en San Juan de Ribera de los proyectos de reforma que Sta. Teresa llevó a cabo dentro de la orden carmelita.

La tercera parte es en cierto sentido la que requiere un discernimiento profundo, porque trata de identificar los rasgos definitorios de la vocación agustina descalza. Basándose principalmente en los escritos originales del fundador, el P. Panedas identifica dos elementos que caracterizan de modo especial el camino de las agustinas descalzas: (1) la llamada a dar la mayor gloria posible a Dios, velando por su honra y desagraviándole por los pecados cometidos por mujeres; y (2) la llamada a vivir con particular intensidad la entrega religiosa. Elementos que cristalizan en una vida intensificada de recogimiento, pobreza, mortificación, oración personal, y trabajo en comunidad. S. Juan de Ribera vio la necesidad de introducir estos rasgos —comunes a la «descalcez» que propagaba Sta. Teresa—, dentro de la espiritualidad básica agustiniana. La fundación de San Juan de Ribera aunaba la riqueza propia de su familia de origen, y los modos «reformados» que permiten interiorizar

y explotar esa riqueza más a fondo (cfr. p. 241).

En suma, la obra no sólo ofrece un rico acopio de información histórica acerca de la orden de agustinas descalzas, sino que va más allá. Aborda la dimensión teológica y espiritual de esta venerable institución, y pone de relieve su contribución específica.

J. Alviar

Pedro RODRÍGUEZ, *El Catecismo Romano ante Felipe II y la Inquisición española. Los problemas de la introducción en España del Catecismo del Concilio de Trento*, Rialp, Madrid 1998, 246 pp., 13,5 x 20, ISBN 84-321-3218-7.

El Prof. Pedro Rodríguez, descubridor de los manuscritos originales del Catecismo Romano y director de la edición crítica, trata en el libro que ahora reseñamos de un aspecto interesante y hasta ahora bastante desconocido de la historia de la difusión del famoso Catecismo de Trento. En efecto, el Catecismo fue publicado en el año 1566 y en los años inmediatos se tradujo a las principales lenguas europeas. Sin embargo, la traducción española no se realizó, a pesar de los encargos explícitos del Papa San Pío V. Y la publicación de su versión en castellano tuvo que esperar más de dos siglos.

Se trata de un estudio histórico de riguroso método en el que el autor se maneja con maestría. Presenta todas las fuentes documentales, con aclaraciones hasta ahora inéditas y desconocidas por los historiadores de la época. El autor conoce y dialoga con los principales historiadores del período (von Pastor, Bataillon, Tellechea, Kamen, Parker, Andrés, etc.) y, desde la posesión de las

fuentes originales en algunos casos recitifica o completa sus apreciaciones.

El uso estricto de lo que dicen los documentos no impide, sin embargo, que el libro resulte de una amenidad poco común en este tipo de trabajos. El autor penetra en la trama cuidadosamente y logra presentar al lector, también al no especializado, el interés y el proceso interno de aquellos acontecimientos, los personajes que intervinieron y las razones y perspectivas distintas de cada uno de ellos.

Sin caer en condenas cerradas ni en panegíricos, el autor logra un juicio equilibrado y científico en esta sorprendente cuestión de la prohibición de introducir en la España de Felipe II la versión castellana del Catecismo de

Trento. El enigma se ilumina con la cuidada presentación de los documentos. Se puede decir que el trabajo es definitivo hasta donde llega actualmente el testimonio de las fuentes.

El estudio está dividido en tres capítulos: «Tras la edición en España del texto latino» (pp. 21-69). «El problema de la traducción castellana» (pp. 70-137). «El veto de la Inquisición a la traducción del Catecismo» (pp. 138-180). A continuación el autor presenta un amplio apartado de documentación (pp. 181-239) con documentos diplomáticos y de la Inquisición y textos castellanos de Pedro de Fuentidueñas y de Cristóbal Cabrera. Termina con un Índice de nombres (241-246).

M. Lluch Baixauli